

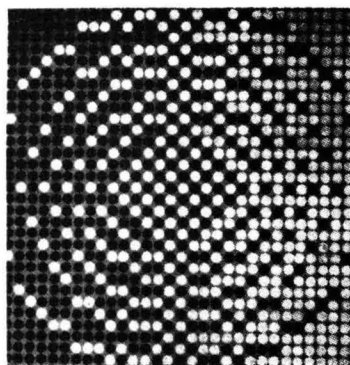
dad que representa su tercera obra publicada.

La verdad es que *Unos cuantos días* ni mengua ni acrecienta la importancia de Ayala Anguiano dentro de la novelística mexicana actual. El escritor guanajuatense sigue construyendo eficazmente sus novelas, sigue creando personajes que saben ganarse la atención y hasta la simpatía del lector... y sigue sufriendo caídas de elocución que estropean el conjunto de la obra. Puesto que, incluso desde el punto de vista del estilo, la novela contiene pasajes que son buena literatura en México y en cualquier parte —los capítulos “Un hombre nunca es chiquito” y “Verde moribundo” son ejemplos válidos—, cabe pensar, más que en falta de talento para manejar el lenguaje narrativo, en falta de disciplina o de paciencia para trabajar hasta extraerle lo que Hemingway precisamente llamaba el “jugo” de las palabras.

Pero más grave —porque en este caso no se trata de disciplina ni de paciencia artística— nos parece la debilidad que manifiesta el autor en las ocasiones (significativamente escasas, por otra parte) en que expresa ideas. El pasaje de la novela en que el protagonista se encuentra con el filósofo y el crítico teatral en *Sanborn's*, aparte de no añadir nada al desarrollo de la acción ni a la caracterización de los personajes, pone de manifiesto una evidente superficialidad ideológica por parte del novelista. En la conversación entre el filósofo y el crítico (que había sido “encerrado cuatro días por participar en unos disturbios callejeros contra el gobierno”), “abundaron las abstracciones: reducida tasa de desarrollo económico, ineficiente distribución de la riqueza, reforma agraria integral, la verdad

social, neocolonialismo, burguesía nacional, unión de los pueblos progresistas de Asia, África y América Latina. Ramón perdió el hilo de la charla pensando que si sus compañeros emplearan el tiempo en asaltar la cárcel para liberar a sus amigos, o adoptaran como bandera de lucha la confiscación inmediata de las fortunas de los políticos, en vez de dar importancia a la unión con los pueblos progresistas de Asia y África y a la reforma agraria integral, las cosas serían de otro modo”. Planteadas así las cosas, entre las “abstracciones” de los dos intelectuales y la desoladora ingenuidad política del personaje que el novelista les opone para ridiculizarlos, nos sentimos obligados a optar sin vacilación por las primeras.

Finalmente, frente a una crítica demasiado exigente o tal vez demasiado atenta a los exclusivos valores formales de la obra literaria, conviene señalar que novelas como las de Ayala Anguiano cumplen una función nada despreciable en el desarrollo de la literatura nacional: la creación de



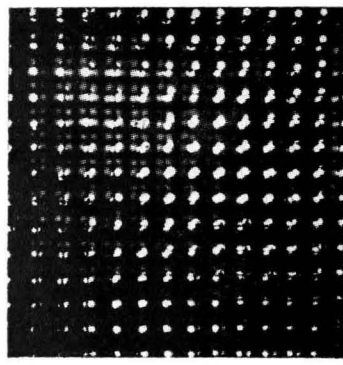
un público lector que eventualmente aprenderá a consumir obras más complejas y significativas.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

miento nos conduce a la realidad que iluminan y se convierte en meditación sobre el mundo.

La idea central del pensamiento de Paz descansa en el convencimiento de que la verdad poética debe realizarse y sólo se realiza plenamente en el campo de la vida. El problema de la poesía nos lleva inevitablemente al problema de la realidad. En tanto éste se resuelve, los poemas son ejemplos vivos, momentos robados a la experiencia, en los que, mediante el poder de la palabra, el mundo se abre por unos instantes y nos entrega su secreto —tan sólo para volver a cerrarse de inmediato—. Pero la poesía, no sólo el poema, deberá ser una experiencia colectiva y para hacerse posible necesita realizarse como realidad vital.

Los ensayos sobre Darío, López Velarde, Pessoa y Cernuda iluminan cómo estos cuatro poetas consiguen esa momentánea reconciliación con el mundo mediante sus obras. Paralelamente, son también un profundo estudio sobre la manera en que, a través de esas obras,



la poesía en español, en portugués, se inscribe en la gran corriente universal contemporánea y la continúa y enriquece. Paz, al hacerlo, aclara cómo, igual que todas las grandes obras, las de esos cuatro poetas salen de una tradición determinada, eligen antecedentes, de acuerdo con su propia necesidad interior, buscan una raíz general, para luego separarse y, a partir de ella, ofrecer nuevos frutos. En esta dirección, en conjunto, los cuatro ensayos son también un magnífico estudio sobre los fundamentos de la poesía contemporánea. La erudición, empleada en el sentido más creador, y la profundidad crítica, así como el poder de síntesis, los distinguen por igual. Paz aclara cada uno de los puntos de referencia de los que se sirvieron los cuatro poetas para crear su propio lenguaje, analiza el sentido de sus temas secretos y, al hacerlo, los sitúa perfectamente en su tiempo y comunica los problemas esenciales de éste. Así, cada una de las obras aparece como una respuesta personal e intransferible, pero que, a través de su misma particularidad, se hace general y nos concierne a todos, porque el poeta, como lo dice López Velarde vive “... la formidable / vida de todas y de todos”, retoma el hilo de la experiencia y lo prolonga. Si cada obra encierra su verdad particu-

lar, la de la poesía es una en todas ellas.

La necesidad de esa verdad es el tema fundamental de *Los signos en rotación*. El ensayo se abre con un agudo análisis de las condiciones históricas de nuestro tiempo y la forma en que éstas determinan la naturaleza del ideal poético. En un mundo que ha perdido su propia imagen y en el que la técnica aparece como única realidad, una realidad que se define precisamente por su carácter fantasmal —“Hoy no estamos solos en el mundo; no hay mundo”—, la función y la necesidad de la imaginación poética, de la creación, descansa en su posibilidad de “devolverle al lenguaje su virtud metafórica; darle presencia a otros”, no es invención, sino “descubrimiento de la presencia”. El poeta es el único ser capaz de restaurar el diálogo mediante el descubrimiento, la develación de la otredad. Esa capacidad de ver a los otros será la que pueda devolverle su realidad al mundo. Ésta se encuentra en el poema, que nos muestra de nuevo su imagen. Pero para serlo verdaderamente, el poema tendrá que realizarse dentro de las exigencias de la época, enfrentándolas, y ellas serán las que determinen su forma. El poeta tendrá que estar dentro y fuera de la realidad al mismo tiempo, sufriendola y juzgándola. Su misma condición lo lleva a participar del mundo y separarse de él. La poesía será crítica y creadora al mismo tiempo; mejor: hará de la crítica la creación. Sólo entonces la imagen recuperará su poder trascendente, nos enfrentará a la otra cara de la realidad, aquella que niega el mundo contemporáneo de la técnica funcional, y que, en sí misma, tiene un carácter religioso.

Pero si la experiencia poética es la única capaz de devolverle su valor como imagen al mundo, una imagen en la que el hombre se ve a sí mismo y ve a los otros, al otro, el fracaso de la aventura poética, que es paralelo al fracaso de la aventura revolucionaria, la reduce al poema. Éste nos da la imagen sin la solución. La verdad no está todavía en la vida, sino en el poema. “En el poema, el ser y el desecho de ser pactan por un instante, como el fruto y los labios.” Al analizar las obras de Darío, López Velarde, Pessoa y Cernuda, Paz nos muestra distintos aspectos de esa verdad en diferentes momentos, del mismo modo que en *Los signos en rotación* nos muestra el camino por el que ésta podrá seguir siendo posible. Cada nuevo poeta contribuirá a aumentarla con plena conciencia de que su interrogación “no es una duda sino una búsqueda. Y más: es un acto de fe”. Nuestra obligación —y nuestra posibilidad de salvación— se encuentra en escucharlos como Octavio Paz lo ha hecho con los cuatro poetas que estudia en *Cuadrivio*, y verlos, también, como nuevos —posibles— puntos de partida.

JUAN GARCÍA PONCE

PENSAMIENTO DE POETA

OCTAVIO PAZ: *Cuadrivio*. Serie del volador. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1965. 203 pp.

OCTAVIO PAZ: *Los signos en rotación*. Sur. Buenos Aires, 1965. 70 pp.

Los cuatro ensayos sobre la personalidad y la obra de Rubén Darío, Fernando Pessoa, Ramón López Velarde y Luis Cernuda reunidos en *Cuadrivio*, y *Los signos en rotación*, destinado a ser un nuevo capítulo de *El arco y la lira*, nos presentan, en realidad, el pensamiento de Octavio Paz sobre la poesía. Tal vez sería más exacto decir el pensamiento poético de Octavio Paz. Las cuatro primeras obras son algo más que ensayos interpretativos: aspiran —y lo consiguen— a comunicarnos la esencia del fenómeno poético, el sentido y el valor de la creación tal como se hace posible en la obra de los poetas examinados y, en cierta forma, se completan con el quinto, pudiendo servir, también, de punto de partida para llegar a él. Porque si en *Cuadrivio*, Paz nos comunica la verdad poética contenida en las obras de cuatro poetas, en *Los signos en rotación* busca el camino de continuidad de la tradi-

ción que los autores de esas obras, entre otros, han hecho posible. Juntos, los dos libros son, al mismo tiempo, una mirada hacia atrás, que toma la forma del homenaje y la afirmación, y un paso hacia adelante, que, a partir del análisis crítico de las condiciones en las que la poesía debe realizarse, traza las nuevas coordenadas dentro de las que tendrá que inscribirse para ser verdaderamente. En este sentido, los dos libros tienen un claro carácter personal. El pensamiento de Paz no deja de ser nunca, por encima de todo, pensamiento de poeta y, antes que nada, nos habla de la necesidad de la poesía y su particular sentimiento acerca de ella con la fuerza y la intensidad que otorga un compromiso vital. Por esto mismo, a través de él, además de profundizar verdaderamente en las fuentes y el sentido de la creación en los poetas que admira, abriéndolos para el lector, ese pensa-